

Reflexión Semanal

Padre Steven M. Pautler



**Domingo 27 de abril de 2025 | Domingo de la Divina Misericordia, Segundo Domingo de Pascua
Peeps, charcos y el poder de la Resurrección**

“Este es el día que hizo el Señor: regocijémonos y alegrémonos en él.” – Salmo 118:24

Probablemente hayas oído el viejo refrán sobre el clima: “Si llueve el Domingo de Pascua, lloverá durante los próximos siete domingos.” Bueno, los meteorólogos predijeron lluvia—y técnicamente, no se equivocaron. Pero antes de que cayera una sola gota, fuimos bendecidos con una gloriosa mañana de Pascua: sol, brisas cálidas y familias reunidas con sus mejores galas. Aunque el cielo se abrió más tarde ese día, la alegría ya había echado raíces. Es un hermoso recordatorio de que, incluso cuando llega la lluvia, no puede borrar la promesa de la Resurrección.

Esta Pascua, la alegría brotó en todas direcciones. Los niños reían, las familias se reunían, y sí—las búsquedas de huevos de Pascua en interiores continuaron, pero muchos también salieron a tomarse fotos felices bajo el cielo despejado. Nada pudo apagar la verdadera alegría de la mañana de Pascua. Porque aquí está la verdad: la alegría de Pascua no depende del clima. Depende de la Resurrección. Y eso, amigos míos, es una roca firme.

Esa misma alegría sigue floreciendo en nuestras parroquias—especialmente al celebrar la Primera Comunión este domingo en St. Mary en Centralia, y el próximo domingo en St. Mary en Mt. Vernon. Como sacerdote, no hay mayor alegría que decir: “El Cuerpo de Cristo,” y ver a un niño, lleno de fe y asombro, recibir a Jesús por primera vez. Es un momento sagrado, envuelto en sonrisas, familias orgullosas y quizás unos zapatos nuevos que aún tambalean.

También seguimos caminando con nuestros nuevos miembros bautizados y confirmados de la Iglesia, acogidos en la fe durante la Vigilia Pascual. Su “sí” a la Iglesia es un testimonio poderoso—y aunque la tentación de inscribirlos como coordinadores de la próxima venta de garaje sea fuerte, démosles un poco de respiro primero. (¡El Espíritu Santo se mueve rápido, pero no tanto!)

Sin embargo, en medio de la alegría pascual, nuestros corazones también están pesados con la noticia del fallecimiento de nuestro Santo Padre, el Papa Francisco. Su amor por los pobres, su incansable llamado a la misericordia y su firme testimonio del Evangelio han dejado huella en la Iglesia y en el mundo. Al encomendarlo al abrazo eterno de Dios, recordamos que su vida, como toda vida arraigada en Cristo, no termina en la muerte—sino que continúa en la luz de la Resurrección. “Bien, siervo bueno y fiel.” Que descansen en paz, y que honremos su memoria viviendo la misericordia que tantas veces predicó.

Y hoy, en el Domingo de la Divina Misericordia, se nos recuerda que la alegría de Pascua no está destinada a desvanecerse. A través del testimonio de Santa Faustina, somos invitados al corazón de Jesús, cuya misericordia no conoce límites. Su simple oración—“Jesús, en Ti confío”—es tanto un susurro de esperanza como una declaración valiente de fe. Ya sea que estemos en la cima de la celebración o cargando con el peso del dolor, esa misericordia nos encuentra justo donde estamos.

Está en el silencio de una habitación de hospital, en la incertidumbre de una búsqueda de empleo, o en el dolor callado del duelo donde la Divina Misericordia suele aparecer sin previo aviso—como una brisa cálida tras la tormenta. Está en la fuerza para seguir adelante, el valor para perdonar o la gracia para empezar de nuevo. Jesús no espera condiciones perfectas; Él entra en nuestro desorden con un amor que restaura y una misericordia que sana. ¡Y ese es el poder de la Pascua: un Salvador que entra en nuestras tormentas, no para evitarlas, sino para transformarlas con misericordia, amor y nueva vida!

Homilía del Domingo

Padre Steven M. Pautler



Domingo de la Divina Misericordia, Segundo Domingo de Pascua

Hechos 5:12–16, Salmo 118:2–4, 13–15, 22–24, Apocalipsis 1:9–11a, 12–13, 17–19, Juan 20:19–31

Tema: Limpiaparabrisas, papas y un Dios que nunca deja de perdonar

Desde la muerte del Papa Francisco el 21 de abril, muchas personas se me han acercado—algunas con lágrimas, otras con ojos curiosos—y me han preguntado: “Entonces... ¿qué sigue?” Lo más llamativo es que muchas de estas preguntas provienen de miembros de la Generación Z y Generación Alfa. Para los que somos un poco mayores (y con algunas canas más), ya hemos vivido esto antes. De hecho, esta es mi cuarta transición papal. Soy casi un veterano en ver humo blanco salir de una chimenea. Pero para nuestros hermanos y hermanas más jóvenes, esta es su primera experiencia despidiéndose de un papa.

Y no solo preguntan qué sigue—se preguntan qué significa todo esto para su Iglesia. ¿Y saben qué? Eso es algo sagrado y hermoso. Porque cuando los jóvenes hacen esas preguntas, demuestra que les importa. No son solo espectadores. Son los futuros constructores de la Iglesia. Saben que esta es su Iglesia por heredar—y más aún, por liderar.

Me recuerda a una historia que escuché una vez (sí, es una historia sobre limpiaparabrisas—pero quédate, vale la pena). Una tarde lluviosa, una madre manejaba por una de las avenidas principales del pueblo. De repente, su hijo pequeño, Mateo, habló desde el asiento trasero. “Mamá, estoy pensando en algo.” Cualquier padre sabe que esto podría ir en cualquier dirección: filosofía, dinosaurios o cómo los nuggets de pollo son básicamente Legos de carne. Pero esta vez, Mateo tenía algo profundo que compartir.

“La lluvia,” dijo, “es como el pecado. Y los limpiaparabrisas son como Dios, que limpia nuestros pecados.” Su madre, impresionada, lo animó: “Eso está muy bien, Mateo.” Pero la curiosidad la picó. “¿Notas que la lluvia sigue cayendo? ¿Qué te dice eso?” Mateo no dudó ni un segundo: “Seguimos pecando... y Dios simplemente sigue perdonándonos.” Se podría decir que el pequeño Mateo nos dio el Evangelio en dos barridos de limpiaparabrisas. Porque esa es la verdad a la que nos aferramos—especialmente en tiempos inciertos. Seguimos tropezando, dudando, cuestionando. Y Dios simplemente sigue amando, sanando, perdonando. Una y otra vez.

Eso es lo que Tomás descubrió en Juan 20:19-31. Dudó. Cuestionó. No estaba en la sala la primera vez que Jesús se apareció—y seamos honestos, muchos de nosotros también nos habríamos perdido esa primera “fiesta de Resurrección”. Pero Jesús volvió solo por él. No para regañarlo. Sino para mostrarse. Para encontrarse con él en su duda, y ofrecerle paz. Jesús no dijo, “Vuelve cuando tengas más fe.” Dijo, “Pon tu dedo aquí. Mira mis manos. No seas incrédulo, sino creyente.”

¿Entonces, qué sigue? Bueno, la Iglesia continúa. La misión continúa. Tú continúas. Si eres joven y te preguntas cuál es tu lugar—esta es tu invitación. A servir, a amar, a hacer preguntas, a traer tus dones. El Cuerpo de Cristo necesita que todas sus partes trabajen juntas. Necesita tu voz, tu alegría, tu honestidad, tu teología de limpiaparabrisas. Porque el Espíritu Santo no ha terminado. Y Dios... simplemente sigue perdonándonos, amándonos, y llamándonos a algo más grande.